

Leída en la sesión, que celebró la Real Academia de Buenas Letras en 4 de Marzo de 1852, por el socio D. Joaquín María de Gispert.

---

## Señores

Veado está a las Corporaciones meramente literarias invadir el campo de la política; pero conforme a su misión, propio es de su instituto meditar acerca los desvarios de los pueblos y de los gobiernos, estudiar al hombre para mejorarle, o consuevar cuando menos en un archivo la

marcha e indole de los siglos. Si el  
literato como tal no debe figurar en la  
lucha de los partidos, ó sus conociemien-  
tos han de ser inútiles á la sociedad,  
ó le es permitido de vez en cuando colo-  
car dentro de la arena en que comba-  
ten, alguna revelacion histórica, al-  
guna verdad demostrada, la felicidad  
ó la desdicha humana en accion, para  
que suspendan sus rudos golpes y res-  
tansen siquiera por breves momentos  
sus heridas. Hoy pues que tras tan-  
tos siglos ha conmovido otra vez la  
Cindad eterna la voz „ República „

hoy, que con mas o menos intensidad, han  
repetido su ses todas las concavidades de Em-  
rosia; hoy que salvando montes que siem-  
pre le repelieron y taladrando vestiduras sa-  
cerdotales, ha sonado en un corazon rejicida,  
para ejercer sus furores, bajo la techumbre  
dorada del alcázar de nuestros Monarcas,  
hoy es cual nunca conveniente, que retum-  
bando tambien en los sepuleros, incluyan a  
su tronco las cabezas de Marco Antonio y Ci-  
ceron, que a su grito se levanten las infi-  
nitas victimas que produjo, para revelar a  
la inesperta generacion presente, que los bla-  
sones de aquella forma de gobierno, han si-

do en todos tiempos y lugares, la historia de la tiranía, de la desolación, espanto y muerte.

Tres periodos bastarían Señores a conseguir este propósito, si recurros permitiera el biese espacio de una sesión académica. Los horrores que sufrió Roma a consecuencia de la estincion de la monarquía, son únicamente comparables a las víctimas que produjo el funeral de junio. Esto hiriendo el corazón de Cesar; y estas, a las que en tiempos de nuestros

padres llevo tras si al rodar del Cadalso, la  
cabeza sangrante de un hijo de S. Luis. e' y  
en la escena de ambas catastrofes, ha  
sueltto a levantarse la sangrienta enseña  
del gorro frigio? --- i' cuando las duras

lecciones de la experiencia, seran aprovecha-  
das por los pueblos? --- <sup>cuando la historia</sup> ~~XXXXXX, XXXXXX,~~  
examinen, cuando en ella vean  
~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~, que la Diosa Li-

bertad se convierte en una ramera y sus  
dones benéficos en contagiosa peste que tan  
quiere, turba y mata, desde el momento  
que arrancada de su trono, se la entra en  
los lupanares, para que la muchedumbre  
la goce y manosee a su placer, en vilcion

de sus esbeltas y elegantes formas.

Así en los tiempos antiguos como en los modernos, se observa en Europa por regla general, pocas veces interrumpida, que los Reyes han sido los dispensadores de esa libertad, mientras vivían sin mancilla su angelical corona, los verdaderos protectores de los pueblos.

Los de Roma no eran ni absolutos ni hereditarios y su accion se hallaba restringida por el Senado, los patricios y los poderosos vinculos de la clientela. Los plebeyos formaban la mayor parte del ejército, Anco Marcio tendió visible.

mente a destruir la esclavitud y Garguino  
tomó la primera medida de la clase infe-  
rior, eligiendo muchas de sus familias para  
llenar los huecos del patriciado. El pueblo  
declaraba la guerra, sancionaba las leyes,  
creaba los Magistrados y hasta conocía por  
apelacion de las sentencias dictadas por los  
Reyes.

May pronto esa libertad omnimoda  
habia de ser reemplazada por la del cordel q.<sup>o</sup>  
debía atropellarle, por la de las batallas que de-  
bían diezmarle, por la de un vértigo fatal q.<sup>o</sup>  
debía abrumarle y oprimirle. Tal fué su im-  
puro, tal su infame origen. El monarca q.<sup>o</sup>  
edificó el capitolio, que adquirió los libros

Sibilinos y animado de espíritu profético predijo el agigantado destino de Roma, Tarquino en fin, no cayó como tirano de la multitud y sí de los que querían envilecerla y oprimirla; no cayó por ningún delito propio, no fue el violador de la virtuosa Lucrecia, fue su hijo. ¡ Cuantas veces en la historia republicana, vemos repetida semejante injusticia! --- ¡ Cuantas cabezas han rodado del Cadalso no por sus propios crímenes, no por sus propias faltas, no por sus propias opiniones, y sí por los crímenes, faltas ó quizás meras opi-



uiones de sus parientes, de sus allegados  
ó tal vez de aquellos a quienes les unian  
simples vinculos de urbanidad social. ¿Que  
sistema de gobierno predica principios mas  
opuestos, y cual es sin embargo el que mas  
abiertamente los conculeca? --- Carquino es  
veneciano, Roma es republicana -- ¿pero es a  
caso libre Roma? ---

Preguntemoslo, Señores, a esa mu-  
chedumbre que huye desfavorida hacia  
el monte sacro. Enjos de las águilas  
van; temamos a no dudarlo son. A juz-  
gar por sus lividos semblantes poco nu-  
tritivos deben ser los frutos del arbol de

la libertad. Andaquemos por ellos la  
causa de su desolacion y precipitada  
fuga. ¿Ha revivido acaso la Monar-  
quia... o se cansaron de ser Ciudadada-  
nos? Cambiando de pronto sus ins-  
tintos y la passion ardorosa de su vi-  
da, ¿prefieren ser colonos ó habitar  
como extranjeros los municipios, ¿hu-  
yen tal vez cobardes de los Volscos q.  
acabaron de invadir el territorio?... No  
ciertamente; son valientes qual siem-  
pre fueron; el fuego patrio arde en su  
pecho qual siempre ardió; huyen de la  
tirania patricia y mas tarde sucumben.

biran a la tiranía propia, porque nadie de  
sí mismo huye. El Senado que tuvieron fran-  
co en tiempo de los Reyes les ha repelido de  
su seno; solo a los patricios incumbe tan  
alta dignidad; a ellos todas las magistra-  
turas, a ellos el Sacerdocio, a ellos el ma-  
trimonio, a ellos el derecho de poseer, a e-  
llos, por último, las formulas judiciales, sin  
cuyo conocimiento puede ser cualquiera in-  
juntamente despojado.

¿Dónde está pues la libertad que de la  
Republica se prometian? No la tiene la ma-  
yor general de la poblacion, porque para ca-  
da hombre de los que se llaman libres

hay mil esclavos; es decir que para cada  
mil hombres hay uno solo que lo sea,  
sin que nada importe que Dios haya im-  
buido a los restantes el soplo de la vida,  
y con ella un corazon susceptible de todos  
los sentimientos, una mente capaz de  
todas las inspiraciones. ¿Tendran si-  
quiera libertad esas familias que li-  
bres se apellidaron? Sus mugeres se ha-  
llan en perpetua tutela y pueden ser  
muertas por sus maridos, hasta por  
el simple hecho de beber vino o autojar-  
soles que lo bebieron: Los hijos, vendi-  
dos, muertos tambien, aunque lo

pretextos cínicos, pueden ser por el despotismo  
de los padres; y la condicion de estos es to-  
davía peor, porque sin derecho de poseser, sin el  
de trabajar en ninguna profesion mecánica,  
viven de las deudas que contraen, y llegado  
el día del pago si con prestera no lo afrontan,  
la hipoteca hecha pedazos puede ser repar-  
tida entre sus acreedores, y esta hipoteca ---  
¡horror causa el decirlo! es su propia persona,  
son sus humecantes miembros. Así lo dispo-  
ne la ley; la ley que es la verdadera medi-  
da de la felicidad de los pueblos, el prisma  
que refleja su civilizacion y cultura. En  
Egipto el deudor daba en garantia el cada.

er de su padre, y sino lo rescataba era  
notado de infamia; En Grecia se le espo-  
nia ante el pueblo con una cesta de vim-  
bres en la cabeza. Reservado estaba a  
una Republica el avanzar a paso de gi-  
gante hacia la barbarie. Aquí el texto  
de la ley romana;

„ Sea citado el deudor ante la jus-  
ticia, sino comparece obliguese a ello.  
Confesada la deuda y fallada la causa  
desele treinta dias de tiempo y estos  
trascuerridos sea preso y conducido ante  
el juez. Al ponerse el sol se cierra el  
tribunal. Sino juzga y no se presenta no.

Die a responder por el, el acreedor le llevara  
y le aprisionara con cuerdas o cadenas q.  
no pesen mas de veinte libras. El deudor  
viva de lo suyo, dale una libra de harina  
o mas si quieres. Si no se aviene tente en  
tu poder sesenta dias cautivo y despues de  
tres dias llevale al mercado proclamando  
tu deuda. A la tercera publicacion si tiene  
varios acreedores cortesele en pedazos. ---

Centis mundinis capite penas dabant. Si  
plures forent quibus reus esset iudicatus  
secare si vellet, adque partiri corpus adie-  
to sibi hominis permisissent. En tiempos  
muy posteriores, en juicio presto a un cris-





que descendiendo del monte sacro. Se felicitaron,  
se abrazaron, y renovando con entusiasmo sus  
primeros juramentos, vuelven a exterminar la  
liga de los Ecuos y Volscos, que impune-  
mente devastaron el territorio. Estinguida la  
monarquía quisieron ser libres, y en vez de un  
Rey tuvieron dos, bajo el dictado de Consu-  
les, ante los cuales se prosternaban, y por en-  
agos victores eran azotados al menor desui-  
do. Ahora tienen cinco Reyes mas, ~~treinta~~  
~~xxix~~ ~~xxxx~~, los tribunos de la plebe, que se ha-  
ran turbulentos a su vez, y que si bien el  
poder que les reviste basta para precaver de  
pronto nuevas opresiones, no así para evitar

los efectos de las antiguas. Al menor  
chillido que hiciera el delicado timpa-  
no de la rana patricia, el tribuno se  
amilanará ante el Dictador siempre  
patricio tambien. A esta clase orgullo-  
sa y tirana pertenecerá la Censura,  
y con ella la facultad de dirigir a su  
antojo las asambleas públicas y de re-  
ducir a la nulidad el voto de los  
plebeyos, haciéndolos en una ó pocas  
centurias, por cuyo numero se conta-  
ban los sufragios. El pueblo vuelve  
de la guerra vencedor, pero andraya-  
so y hambriento. Ya tiene ingreso

en el Senado, conoce las formulas judicia-  
les, le es concedido el matrimonio, tiene fa-  
cultad de poseser, derecho a las diemidades,  
pero no tiene pav. Corioles propone hacer  
le morir de hambre como medio, por cierto in-  
falible, de obligarle a callar. Consiente la  
muchedumbre en ser diezmada segun la  
atroz proposicion de Apio Claudio; y los q.<sup>l</sup>  
escaparon del acero de los enemigos y de la  
matanza promovida por los Griegos en las  
mismas calles de Roma, obtienen por re-  
compensa un disfrazado destierro en las  
colonias

Tales fueron, Señores, vosotros lo sois.

bois, los efectos inmediatos de la crea-  
cion de los tribunos, cuyas audaces  
exigencias dislocaron el equilibrio que  
entre los poderes publicos reinó por bre-  
ves momentos en Roma, equilibrio q.<sup>o</sup>  
no puede subsistir sin el imperio de la  
Monarquía que le sostenga; tal el e-  
jemplo durisimo, la leccion horrible  
que a nuestros demócratas ofrecen los  
tiempos heroicos de la Republica, que  
por un trastorno de ~~xxxx~~ inconcebible  
de voces y de ideas se han llamado  
virtuosos. „Nulla atas virtute feratior“,  
dice Tito Livio. ¡Detestable virtud! Bru-

to se hace doblemente parricida asistiendo  
al suplicio de sus hijos; la estremosa Lu-  
crecia se da muerte por un delito que no  
cometió; Decola se corta la mano por ha-  
ber errado un asesinato; Cinio se precipi-  
ta por supersticioso a un abismo; un tri-  
buno manda quemar vivos a sus nueve  
colegas porque se oponen a la reeleccion de  
los magistrados, y el pueblo batiendo las  
palmas enciende la pira; las multas  
impuestas por adulterio a las damas  
romanas dan de si lo suficiente para con-  
struir a Venus un magnifico templo; cien-  
to setenta mugeres encadenan a sus mari-

dos y a sí propias al descubrirse su cul-  
pa; Cincinato mancilla su vejez con  
un asesinato legal; Póncio es entregado  
al verdugo en recompensa de haber  
salvado de la cuchilla los infinitos  
romanos, que cayeron prisioneros en  
la garganta de Claudio; no satisfecha  
la voracidad Republicana con el holo-  
causto de treinta mil Samnitas, q.<sup>l</sup>  
murieron en el campo de batalla, se ce-  
ba en dos mil, que despues de un año  
encuentra ocultos en una cueva del  
Apenino. La virtud de los tiempos he-  
roicos dice un historiador moderno es

el egoísmo del individuo y de la clase, en nada provechoso a la masa general del pueblo acensado y diezimado por continuas guerras, empobrecido por la usura, castigado con azotes, aprisionado en calabozos particulares; en vez de prevalecer el interés público prevalece la tiranía de un corto número, y se atribuye el crimen de rebelión a todo el que levanta la voz a favor de la muchedumbre, muchedumbre insolente por que se atreve a pedir que cada cual sea tratado como hombre y como ciudadano.

tal era en efecto la virtud, tal la libertad romana. Los suprimientos morales

y físicos, y su término el sepulcro. Las  
tina, Señores, y muy grande, que jun-  
to a la estadística de la mortandad  
natural, no haya otra meramente his-  
tórica. Desarrollado en las violentas cri-  
sis el tiempo colosal que la contuviese,  
produjera más efecto que todas las le-  
yes marciales juntas, y que los signos  
exteriores conque en algunos países se  
anuncia su aplicación mortífera. La  
multitud retrocediera estremecida ante  
la demostración de que las víctimas  
causadas por la tiranía transitoria y  
fugaz, de los Reyes, son un quebrado



insignificante del guarismo a que acentúan las  
de la democracia, mil veces mas cruel que  
la naturaleza misma, cuyos medios de repro-  
duccion entorpecese y debilita. Seiscientos mil  
habitantes, de los que por sarcasmo se ha-  
maban libres, existian en el pequeño territo-  
rio de Roma entre Contumacia y Ostia; y  
mucho antes de la primera invasion gala  
faltaba tanta poblacion, que tuvieron q.  
remplazarla dando libertad a los esclavos  
y admitiendo los vencidos a igualdad de  
derechos.

Repetidas veces se vera precisada  
Roma a valerse de los mismos medios,

para que haya seres humanos que go-  
cen de su libertad malhadada, para q<sup>d</sup>;  
la República no impere solo en silenciosos  
edificios, en debiles mugeres, en imber-  
bes niños. Trecientos mil Ciudadanos  
sacrificó en solo dos años la guerra so-  
cial; y trecientos mil Ciudadanos no  
nacieron durante cinco lustros en una  
Ciudad como Roma, trecientas mil  
personas no mata la naturaleza den-  
tro un espacio y periodo igual, aunque  
secundada esté por la inmoralidad y  
por todos los vicios que le son inherentes;  
trecientos mil cadáveres no podría

condenarlos al cementerio mas vasto de Europa, sin la podre que en ellos germina, y que debiera de continuo recordarnos lo efimero de nuestro ser, lo mal cimentado de nuestro orgullo; trescientos mil legionarios por fin, necesitaban semanas enteras para desfilar por dentro el templo de Jano, que estará abierto mientras la tiránica libertad impere.

La guerra social fue sin embargo de las mas breves de la republica. Tras ella vino la de Mitridates, que la inauguró degollando en un solo dia ochenta mil ciudadanos; pero ¿que significa esa horrible cifra, en

cotejo con la de dos millones ciento ochenta y tres mil víctimas, que habia devorado esta prolongada lucha, cuando Pompeyo ceñido el laurel, ascendió a la triunfal carroza, de tantas lagrimas bañada, por tantos espectros circuida. La rivalidad de Mario y Sila, que sus partidarios mil veces renovaron, cubre de cada vez las calles de Roma; son degollados los Senadores en sus sillas curules; y la República en su sistema, la demencia en sus principios, no encontrando medio alguno para sobrecargar en tan vasto mar de sangre, incluye su vis-

ta a la monarquía, no se atreve a proclamar un monarca, abjurando el pueblo sus errores y su negra ingratitude, pero cree un interrey, este a su vez un dictador, cuyo poder tan absoluto, que Ciceron le compara con el de jupiter en el cielo, logra restablecer por algun tiempo la calma debilitando el de los tribunos, que corruptores, venales y despotas son el origen de tantos desastres. No se trata en adelante de prerrogativas populares, de leyes agrarias, de libertad ni amor patrio; se trata de bastardas ambiciones personales. Para satisfacerlas se sacrifica el pueblo en la guerra de Lombardia, his-

torrada por Salustio; seude su voto en los  
Comicios, su testimonio en los pleytos,  
su jurat<sup>l</sup> en las proscripciones, y en  
tiempo de Cesar ese pobre pueblo cuen-  
ta cuatrocientos cincuenta mil Ciudad-  
danos de diez y siete a sesenta años,  
trescientos veinte mil menos que entre la  
primera y segunda guerra púnica.

La humanidad estremecida por  
tantos horrores lanza un grito agudo; y  
ese grito se prolonga por los setenta mil  
romanos que perecieron en la batalla  
de Canas, por los infinitos que deso-  
ró el lago Trasimeno, por los doce mil

prelesticos mandados degollar por Lila; por  
los crímenes de los proconsules en las pro-  
vincias; por el sacrificio de los cuarenta  
y cinco mil gladiadores, que a la humani-  
dad pertenecen tambien apesar de todas  
las imbeciles ficciones republicanas; por los  
veinte mil Boyos sacrificados en un solo  
excorable dia al furor de Scipion Nasica, q.  
alcanza el triunfo por el exento mérito de  
haber tronchado toda cabeza que no ostenta-  
ra los surcos de la decrepitud, ó la tersura  
de la infancia; por el millon de esclavos  
que murieron sobre los campos de Sici-  
lia, cuya fertilidad no necesitaba por cie-

to tan lamentable abono; por los des-  
garradores ayes que salen de las hogue-  
ras de Sagunto y de Numancia, de Co-  
rinto y de Cartago y por las infinitas  
victimas que cayeron en la guerra de  
Sertorio, cuya sangre atrayendo el poder  
de Roma hacia nuestro suelo hubiera  
regenerado el mundo por medio de la  
unanimidad e hidalguia española,  
o no haberala hecho esteril el infame  
jurnal de un asesino. Las costumbres  
gimen tambien, gime la Religión, gi-  
men las letras, gime la civilización  
entera; pues es falso Señores que las



guerras de invasion la produzcan; les debe solo el llegar algun tiempo antes al punto que el dedo de Dios la tenia señalado, sin muertes, sin cadenas, sin rocas torpeyas; sin ese sabor, que cual de fruta madurada por medios violentos, conserva siempre un resto de su aspereza primera.

Quinieron las letras durante la Republica: Minerva enmudece siempre ante el feroz aspecto de Marte y es ademas poco democrata, porque satisfacerla no puede el culto exterior y superficial que recibe en los gobiernos populares. Para oer, en ellos se ve reunido el estudio de la filosofia y la ocu-  
pa-

cion de los negocios públicos. La ambición corroe los talentos; y los medios de adquirir popularidad, las intrigas que a este objeto necesitan crear y aplicar, las rivalidades que les es preciso vencer roban todo su tiempo y son demasiado bastantes para tener relacion con ningun ramo de la ciencia. El gobierno Monárquico ofreciendo una carrera mas lenta pero inmensamente mas segura, teniendo menos empleos que repartir, menos ambiciones que llenar, y campo mucho mas vasto en que crecer, fija con mayor solidez, todos los

generos del porvenir. Las luces filosoficas son indispensables para llamar la atencion de un cuerpo de hombres ensordecidos; al paso que los recursos de la imaginacion, el fuego del entusiasmo o quizas de la simple audacia, bastan para deificarse ante la voceinglera muchedumbre.

Desjarretados estaban ya los terribles elefantes de Macedonia; su Rey Perseo con Genio que lo era de la Gloria, sus mugeres y sus hijos, se habian visto atados al carro triunfal de Paulo Emilio, para revolcarse luego y morir en la hediondez de los calabozos. Cien mil cadaveres heptonicos, han in-

festado insepultos los campos de su patria,  
que aun en el día conservan el nombre de  
Campi putridi; Ciento veinte mil Cim-  
bras han sucumbido a las bestias de  
Máris, cuyas mugeres desechada la de-  
manda de que se respetara su pudor, dan  
muerte a sus hijos y se ahorcan de las  
astas de los bueyes. Prusias para conser-  
var la corona espera posternado en el  
umbral de la curia, con la cabeza rapa-  
da y el gorro de liberto, que los padres  
conscriptos le dictan sus ordenes. El gran-  
de Antioes, Eumenes, los Ptolomeos, Yu-  
garta y otros mil principes, han pisado

humildes y mas que humildes envilecidas la  
via sacra; vencida está la liga formidable de  
Acaya; las Normas de Corinto han consumido  
los cuadros de Aristides, los lienzos de Apelles,  
y calcinado las estatuas de Fidias; se prepara  
la cuchilla que debe segar setecientas mil  
gargantas cartaginesas; al soplo de Caton el  
censor hisporrotea ya la antorcha vil, que ha  
de devorar la unica ciudad rival de Roma y  
todavia es pueblo Rey, es pueblo tirano, no ha  
podido ni en Atenas ni en Esparta, ni en Si-  
ria ni en Macedonia, ni en la Siria ni en el  
en Egipto ni en Rodas, ni en la Siria ni en  
el Ponto en donde orgulloso domina quebrado.

tar las cadenas de su ignorancia; de la  
que es envilecido siervo hasta el punto  
de exacer, que el Cuadrante solar que le  
Ueso Valerio Mesala podia servirle es-  
tando hecho para otro meridiano.

Los demas conocimientos filosofi-  
cos y tambien la amena literatura no  
gozaron mejor suerte que las ciencias  
exactas. Las comedias de Plauto y Ter-  
rencio son meras imitaciones del griego;  
los poetas anteriores a Ciceron apenas  
merecen ser nombrados; Ciceron mis-  
mo nada creó, nada inventó, aunque na-  
da trató que no embelleciera. En la

primera época de la literatura romana, no  
hay ninguna obra que revele un profundo co-  
nocimiento del corazón humano, ni la infini-  
ta diversidad de la naturaleza moral. En Atenas  
la filosofía era ~~siempre~~ contada entre las  
bellas artes, en Roma los estudiaban los  
hombres de estado simplemente con relación  
a la política, como medio de gobierno; y si  
alguna admiración sentimos al leer los  
escritos que aun nos quedan de aquella e-  
poca, es porque nos dan una idea tan exac-  
ta del carácter y gobierno de Roma, que nos  
creemos transportados al capitolio, vemos  
en el Senado al impudente Catilina, nos

hallamos en los Protopos, en las voluptuosas termas, oímos el clavin guerrero de las legiones que marcharon contra el Rey del Ponto, o a ejecutar el horrible delenda est Cartago. En las cartas de Bruto, en la historia de Sallustio, en las obras mismas de Ciceron, admiramos quizas el vigor del alma al traves de la belleza de estilo; pero en cambio solo divisamos el hombre material en el escrito, la naciion en el hombre, y el universo entero ahogado al pie de esta naciion.

Ciertamente habia filosofos en Roma, en cuanto la voz filosofia indica



la ciencia de la naturaleza moral, la mis-  
siva del hombre sobre la tierra y su proce-  
sion; pero ¡ que diversidad de caracteres, y  
cuantos errores todos cometian! Los es-  
toicos con su jefe Caton, de tan usurpada  
nombradía, no reconocieron fuera de si mis-  
mos mas saber ni virtud. Creian que todos los  
delitos eran iguales, sin diferencia ningun-  
na entre el parricida y el ratero. Soste-  
nian que el sabio nunca debe perdonar,  
nunca engañarse, nunca arrepentirse, nun-  
ca por ultimo alterar sus pensamientos,  
ni sus deseos.

Si los estoicos exaltaban mas de lo

justo la naturaleza humana, los Epicureos  
la envilecían vergonzosamente. Destru-  
yendo la muerte en su opinión todo  
nuestro ser, solo estimaban la virtud en  
cuanto contribuye a prolongar los goces  
de la existencia. El deber de sus sabios,  
se limitaba a proporcionarse una vida  
comoda, huir de todo trabajo y afán,  
mirando con igual desdoro las ovaciones  
y los triunfos, y como premios de juvenit  
escuela los laureles, los mirtos y las co-  
ronas gramineas, que casi divinizaban  
al que lograba ceñirlas. La secta Acadé-  
mica por fin, de tantos sistemas como

maestros, acabó por adoptar el de Sócrates, que en el fondo consistía en no tener ninguno, pues dudaba de todo hasta de la existencia física.

Jimieron las costumbres con lastimeros, con desesperados ayes, apesar de haberse creado una magistratura especial para corregirlas y perfeccionarlas. La virtud huye de los extremos, así de la fastuosa opulencia como de la degradante miseria, y en Roma no había mas que opulentos hasta el escándalo, e indigentes hasta el hambre. Los primeros habitaban suntuosos palacios cubiertos de mármoles, y en los que el marfil y el oro a fuerza de profusion parecían objetos útiles.

El de Clodio costó cinco millones sesien-  
tos mil reales, cinco millones el de Lu-  
culo y tres millones el de Licero, que  
estendió el acta de acusacion contra Me-  
nes sobre una mesa por la cual pagó  
doscientas mil libras; pues si la casa  
del rico vale tanto como una aldea, los  
muebles que la adornan valen mas q.  
muchas casas juntas. Era de mal  
tono no tener mas que un palacio; te-  
niam varios adornados con igual fas-  
tuosidad, y tantas quintas en los al-  
rededores de Roma que apenas dejaban  
espacio para el cultivo.

La fortuna de Sila era de seiscien-  
tos millones de reales; la del cónsul Pro-  
scio ascendía a ochenta millones; el  
trágico Crispo, apesar de su prodigalidad,  
poseía veinte millones; ciento veinte  
y cuatro millones reunía en tierras  
Publio Clodio y otro tanto en esclavos y  
rebanos; Emilio Sauro yerno de Sila  
contaba trescientos veinte millones; el  
capital de Demétrio liberto de Pompeyo  
fue de setenta y seis millones; ochenta  
ganó en la tribuna el orador Horten-  
sio; Salustio dejó doscientos cuarenta  
millones; cuatrocientos setenta Marco

Antonio; Luculo reunió cuatrocientos  
ochenta millones en metálico, sus escla-  
vos eran en número suficiente para for-  
mar un considerable ejército y cuando  
falleció los peces del vivero de una de  
sus quintas, fueron vendidos en tres  
millones doscientos mil reales.

Entretanto el pueblo plebeyo, el pue-  
blo republicano, el pueblo Rey, vivía ha-  
cinado en la asquerosa Suburra, o en  
cabanas que la corriente del Tiber lle-  
va tras sí en las frecuentes inunda-  
ciones. Su ocupación consiste en asis-  
tir a los comicios para que le indó-

quien la ambicion que ha de entronizar, a la  
curia para que le dicten la falsedad que ha  
de deponer y a las quintas de los maona-  
tes para que le señalen los pechos que ha  
de herir. Mide la pericia de sus magistrados  
por la riqueza de las fiestas con que entrete-  
nen su ocio y avivan sus instintos de san-  
gre. El crimen y la prostitucion, asi en los  
palacios como en las chozas, asi en los hom-  
bres como en las mugeres, en los juvenes co-  
mo en los ancianos, en el estado como en las  
familias, su impudica faz les cuenta. Si se  
trata del derecho de gentes, vemos invadida  
por Antonio la isla de Bretta, llevando mas

~~xxxxxx~~ ~~que~~ cadenas <sup>+ g.<sup>o</sup> armas</sup> ~~para~~ atar a sus  
infelices habitantes, con ~~mayor~~ <sup>mayor</sup> crueldad q.<sup>o</sup>  
nuestros negreros roban las familias  
del Congo y de Angola para transportarlas  
a las repúblicas del nuevo mundo, pues  
tambien en el mundo nuevo hay repur-  
blicas con esclavos. Si se trata de buena  
fe; entre mil actos de piratería infame,  
nos estremeció el que produjo la prime-  
ra guerra púnica; si de fidelidad a los  
tratados, vemos quebrantar el de Carta-  
go bajo el pretexto ridiculo de que no les  
impedia incendiar la ciudad material,  
los edificios, (urbs), con tal que respetar-



eran los habitantes (civitas) por ser esta la voz  
que se habia usado. Si de hidalguia, si de  
caballerosidad se trata, nos lo demuestran  
Setavio, Antonio y Lepido, que reunidos para  
tirarizar a su patria en una isla del rio  
Reno, antes de saludarse se registraron mu-  
tuamente por si alguno de ellos llevaba es-  
condido el aleroso jornal. Si se trata de  
libertad, oemos a los tribunos precipitar de  
la roca Tarpeya al que osare ofenderlos, y  
al paso que hasta el tiempo de Cicero no  
habia ninguna ley que castigara el fraude,  
hubo infinitas que coartaban los actos mas  
inocentes de la vida, fijando el orden de

de los banquetes, el numero de convidados y hasta el de las lagrimas en los duelos. Si se trata de seguridad personal, los Pretores espian los secretos de la vida privada, e imponen notas de infamia, que equivalen a decretos de muerte, y la calumnia es corrosivo de las sociedades, facilita el acceso a los destinos por medio de las acusaciones, o cuyo refinamiento ejercicio se lanzan los jóvenes, para lucir su elocuencia, que es don del infierno cuando el bien publico y la verdad no la inspiran. Si se trata de relaciones de padres a hi-

jos, de marido a mujer, de esos vínculos tan  
seductores, tan gratos al corazón, y sobre los  
cuales quiso Dios modelar la única forma  
posible de los gobiernos, vemos celebrarse  
los matrimonios sin amor, disolverse con  
placer, y que la esposa consuada hoy, era  
manana objeto de repudio. Las madres  
sucumbían a sus hijas, para entregarse  
sin estorbo a sus maridos; los parientes  
sacrificaban sus herederos a la infame  
codicia; y era tal el número de infantes  
abandonados, que fue una industria muy  
lucrativa el tejer las cestas de mimbrres,  
en que se verificaba aquella acción inu-

mana. Por último, <sup>L</sup>Trés, un autor muy  
respectable al hablar de la proscripción  
horrenda decretada por los triunviro,  
acumula al corazón toda la sangre del  
lector, revelándole que tubo mucha ge-  
nerosidad en los esclavos para salvar  
las víctimas, poca en las mugeres --  
casi ninguna en los hijos.

Prevarican los magistrados; el Pre-  
tor falta por equidad o lo que es igual  
por mero capricho; siendo muy comun  
el ejemplo de Verres, de quien nos di-  
ce Ciceron que aquel capricho era el  
de su manceba Chelidonia. Los Tribu-

nales se creen arbitros del honor y de la vi-  
da de los ciudadanos. No habia, dice ~~Si-~~  
~~esta~~ ~~partida~~ para los ricos el mismo es-  
critor, justicia para los ricos "Pecuniosum  
hominem quamvis sit nocens neminem  
posse damnari; y Clodio, el turbulento tri-  
buno, el sacrilego violador de los misterios  
de la buena Diosa, alcanza una absolu-  
cion completa satisfaciendo la codicia de  
sus jueces con dinero, sus pasiones impu-  
dicas con mujeres y con muchachos sus  
instintos bestiales. Se hace un oficio el pro-  
curarse las herencias del celibo y las adu-  
laciones mas bajas, las intrigas masviles

se juzgan medios honestos y permitidos,  
para saciar ese ratero afán. Los censo-  
res arrojan del Senado a Cayo Anto-  
nio por venal y disoluto, y al poco tiem-  
po esa ambulante sentina de todos los  
vicios marcha precedida de las faces  
consulares. Se prostituyen las damas,  
las plebeyas, y las libertas con sus es-  
candalosas obscenidades, dan origen al  
nombre que despues de veinte siglos  
sirve todavía para todo lo que desorden,  
ensilecimiento y prostitucion revela.  
¿Que más, Srés, aunque hombre soy,  
so viejo todavía y quizás nada pacato,

siento arder mis mejillas al recordarme los  
sodomitas amores de Calpurnio Pizon con Pu-  
blis Clodio y de Quinto Murrino con un man-  
cebo, cuyo nombre, ruborosa tambien calla la  
historia, al cual recompensó con el espectáculo  
del asesinato de unos parlamentarios ga-  
los, el haber precipitado por seguirle del pla-  
cer de una lucha de gladiadores. El demó-  
crata por esencia, el adorador de la Repú-  
blica, su primer fanático, y que sin embargo  
lo cubrió con un denso velo castigando sin  
forma de juicio la conjuración de Catilina,  
Cicerón en una palabra, aplaude la muer-  
te de César y estrecha amigo la perfida

a ingrata mano del asesino. Catorce mis-  
mo, Señores, ese personaje que se presen-  
ta como el símbolo de la austeridad re-  
publicana y a quien uno de nuestros  
prolegomenos forenses casi santifica, es-  
presentaba con las gracias de sus escla-  
vas, era beodo, lascivo, y ejerció la usu-  
ra marítima que fue la más infame  
de su época.

Tal fue, Señores, la situación de  
Roma, tal la felicidad que debió a  
la República; y no cabe por cierto re-  
chazar ese compás para medir la  
muerte que espera a las sociedades q<sup>da</sup>.



por igual sistema sus destinos rijan; no cabe  
decir que fue una república especial y anoma-  
la, pues tuvo todas las formas, giró so-  
bre todos los ejes, recibió todos los colores,  
vistió todos los trajes. Durante los últimos  
Reyes hubo ya una especie de república que  
podemos llamar Monárquica; fue aristocrá-  
ta después de su expulsión; democrática bajo  
los tribunos, despotista bajo la dictadura, sen-  
cilla en el siglo de Liciniano, complicada  
en los posteriores, y siempre anárquica,  
siempre infelices hizo a sus subditos, fal-  
tando poco para que antropófagos también  
les hiciera, pues encontraban las Mure-

nas mas sabrosas cuando eran cebadas  
con carne humana. Antropofaga ella  
a su vez, hubiera tragado el mundo,  
las madres no habrian bastado a re-  
emplazar las bajas producidas por las  
guerras que promovia y por la corrup-  
cion que por do quier sembraba, á no  
haber concluido como todas concluyeron,  
por la tirania. Y pudo concluir me-  
jor, pudo la sociedad romana y las  
infinitas que de ella dependian, ser re-  
generadas por un Monarca ilustrado,  
indulgente, generoso y habil. Tales eran  
las dotes de Cesar; pero la prosapia

excrutable y al mundo entero fatal, que abortó  
el destructor de la Monarquía, hubo de  
producir otro Bruto que apenas su patria  
divisaba despues de tan precipitado y proceloso  
rumbo el faro de salvacion, habia de su-  
merjirla otra vez en el embravecido pelago  
de nuevas guerras, de nuevos crímenes, de  
nuevas desventuras.

Me es fuerza, Señores, pasarlas en  
silencio, imponiendome lo yo tambien. El ra-  
to que acostumbra dedicar la Academia a  
sus tareas literarias ha trascurrido, y no  
será leyendo el sísis que por adelantado  
llevo hoy su turno, cuando pueda sin fa-

tiga prolongarlo. El fondo del cuadro q<sup>o</sup>  
debiera presentarse a las naciones queda  
en boceto y toscamente delineado. Con  
razón se temió que habrían de que-  
dar en mi desalinada paleta las tin-  
tas más apropiadas para concluirlo.  
Dejo pues dormir en paz las víctimas  
de Roma después de César y las infi-  
mitas que devoró la guillotina, la  
cuerda y el jornal en el siglo de nues-  
tros padres. Me basta que aquellas  
cuyas sombras evoque, hayan movido  
sus yertos labios para decir con el Ba-  
ron de Holbach, que el pueblo vejido

por sí mismo propio es el peor de los tira-  
nos, a lo cual se puede añadir, que la vic-  
tima de esta tiranía, es en último resul-  
tado el pueblo mismo. He dicho.

Barcelona 17 de febrero de 1852.

Joan M. de Gispert